

Mas aunque el maleficio del infierno
 Intentó su castísima belleza
 Profanar, ante un soplo del Eterno
 Se disipó: en su espléndida pureza
 Se pintó de las almas en lo interno
 De los mancebos, y en su ruin vileza
 Cuantos la imagen de Miriam soñaron
 Cual celeste vision la recordaron.

III.
 En alas, no de la pasion liviana
 Sino de amor respetuoso y casto,
 Llegóse á demandarla por esposa
 La juventud Hebréa: los ancianos
 Ministros del Señor y sus tutores
 La demanda á Miriam participaron,
 Y la virgen que á Dios se habia ofrecido
 Escuchó sus palabras con espanto.

“ Jamás, dijo, jamás con hombre alguno
 “ Podrán unirme conyugales lazos:
 “ De mi virginidad y de mi vida
 “ Hice voto al Señor y quebrantarlo
 “ No osaré.”—Los ancianos á tan nueva
 Revelacion de asombro se llenaron,
 No comprendiendo un voto que en Judea
 Era á su parecer voto insensato.

La ley universal de las mugeres
 Hebréas: la deshonra y el escarnio
 De la esterilidad, pues prometian
 Al pueblo de Israel santos oráculos
 Que aquel Mesías rey no de otra tribu
 Que de la tribu de Judá ser vástago
 Debía: el ser Miriam la mas ilustre
 Doncella de linage tan preclaro,
 Imposible en las leyes de su pueblo
 Hacian de Miriam el voto casto.

¡Ah! ¿Ni cómo oponerse á los designios
 De Dios, que siglos antes que del caos
 Brotar hiciera los diversos mundos
 Que pueblan los abismos del espacio,
 Por sus fines secretos y recónditos
 Lo habia así en su mente decretado?

De un terrenal amor la llama débil
 Parecia á Miriam un fuego escaso
 Para su ardiente corazon; mas fueron
 Sus ruegos y sus lágrimas en vano.
 Los severos tutores á sus deudos
 A reunion doméstica invitaron,
 Para elegir para Miriam esposo
 Digno con ella de partir el tálamo.

Habia entre los hombres
 Que de Miriam la mano pretendian
 Muchos de ilustres nombres
 Que de su misma raza descendian;
 Hebreos poderosos,
 Que al esplendor de su elevada cuna
 Unian orgullosos
 Los timbres de la gloria y la fortuna:
 Herederos de gefes y magnates,
 Que volvieron un tiempo, de despojos
 Cargados, con honor de los combates,
 O cubiertos los pechos
 De gloriosas heridas;
 Y que á los propios y estrangeros ojos
 Eran, por su opulencia ó por sus hechos,
 Las glorias de la patria mas queridas.
 Hombres, que por su herencia ó hechos bravos,
 Poseian palacios esplendentes
 Y campos florecientes
 Y vencidos ó bárbaros esclavos.

Habia agricultores,
 De fértiles campiñas y viñedos,
 Y huertos y olivares
 De ganados sin número señores;
 Y en las riberas del Jordan amenas
 Eran dueños de mieses y colmenas,
 Y de tribus enteras de pastores;
 Y cuyos campos, dehesas y plantíos
 Regaban, abundosos
 En pescados sabrosos,
 Turbios arroyos y profundos ríos.

Ricos habia osados mercaderes,
 Que cruzando los mares
 Venciendo riesgos, superando azares,
 Traian de Israel á las mugeres
 Las turquesas que Irán cria en las faldas
 De sus montes y bosques seculares,
 De Egipto las costosas esmeraldas,
 Y las perlas que esmaltan las coronas
 De los altivos reyes;
 Las que entre bosques de coral encierra
 En apartadas zonas
 El azul golfo Pérsico profundo,
 Y que el marino audáz, hollando leyes
 Y buscando la muerte vagabundo,
 Disputa al fiero mar hasta en sus senos

De raros mónstruos y peligros llenos,
 Para halagar la vanidad del mundo.
 Y otros habia en fin enriquecidos
 Con los nobles y espléndidos tejidos
 Dos veces en la púrpura teñidos,
 Que en aquellas edades
 Eran orgullo y gloria
 Y hoy son no mas efímera memoria
 De Tiro, emperatriz de las ciudades.

Mas ni entre los magnates poderosos,
 Ni entre los en las lides vencedores,
 Ni entre los de campiñas poseores,
 Ni entre los mercaderes opulentos,
 Ni entre los marineros animosos,
 Que visitan del mundo los confines,
 Los sacerdotes de Salem, guiados
 Por el Señor á sus eternos fines,
 Encontraron aquel que digno era
 De aquella Virgen casta y hechicera
 Del universo mundo soberana,
 Cuyo sagrado nombre
 En las borrascas de la vida humana
 Mas tarde habia de invocar el hombre.
 Nombre á par del de Dios omnipotente,
 Que allá en la azul esfera
 En su mano eternal apaga el rayo

Que ya pronto á partir vibra estridente;
 De aquella Virgen cuyo puro aliento
 Al despertar la fresca primavera
 El florido tapiz que envuelve á mayo,
 Tiende por la fructífera pradera:
 Y á cuyo soplo con susurro lento
 Y amoroso, la ráfaga ligera
 En sus tallos meciendo va las flores,
 Prestando al vago viento
 Suavé són y balsámicos olores.

De los ilustres cien competidores
 El varon elegido
 Por los sábios ancianos y tutores
 De Miriam, él á todos preferido,
 No fué jóven, ni rico, ni gallardo;
 Ni guerreros ó cívicos honores
 Daban préz á su frente encanecida:
 En un oficio laborioso y tardo
 Las cosas necesarias de la vida
 Con incesante afán se procuraba:
 Mas cuanto pobre honrado,
 Respetado por todos y querido,
 De su alta edad desde el albor primero
 En su ciudad natal habia vivido
 Y José se llamaba
 Y era de Nazareth el carpintero.

Esta eleccion empero misteriosa
 Y para el pueblo todo sorprendente
 Hizola el mismo Dios, con milagrosa
 Disposicion, patente
 Haciendo á los ministros del Santuario
 Su eterna y santa voluntad divina.
 Un dia de Miriam los pretendientes
 Al despuntar la estrella vespertina
 Despues de alzar al cielo sus fervientes
 Devotas oraciones,
 Dentro del templo y cerca del Sagrario,
 Secas varas de almendro depusieron,
 Segun de sus mayores
 Uso fué y tradicion que recibieron:
 Y cuando á la mañana
 Siguiete juntos al Santuario entraron
 Verde y cubierta de fragantes flores
 La seca vara de José encontraron.

Y un mozo de ilustrísimo linage,
 A quien los mas altivos de Judea
 Tributaban respeto y homenaje,
 Al ver aquel prodigio portentoso
 Que apagaba la luz de su esperanza,
 Rompió su vara en ademan furioso,
 Y cediendo al impulso de su ira
 Y ansioso de venganza

Sed que á su alma Satanás le inspira
 Atentó de José contra la vida:
 Mas á tiempo teniéndose por suerte
 Del templo se salió, y á la salida
 A sí propio intentó darse la muerte.
 Empero en el instante
 En que al consejo de Luzbel cedia
 Vió de Miriam el cándido semblante
 En la alta gradería:
 Y en este mismo instante
 Aquella aparicion, obra del cielo,
 Devolvió su valor á su alma fuerte;
 Y volviendo en sí mismo
 Con los santos discípulos de Elías
 Se encerró en una gruta del Carmelo,
 Y vencido Satán volvió al abismo.

Los sacerdotes de Miriam tutores
 La eleccion la anunciaron decidida,
 Y la casta paloma cuya vida
 Como raudal de cristalina fuente
 Se deslizaba mansa y dulcemente
 Entre sagrados cánticos y flores;
 Aquella virginal naturaleza
 Educada en la fúlgida grandeza
 Del templo sacrosanto
 Se sometió á la vida de quebranto

De ocupacion vulgar y rango oscuro
 Que del pobre artesano en la vivienda
 Por dilatados años la esperaba;
 Y de los sacerdotes en presencia
 Teñido de rubor el rostro puro
 Les anunció sumisa su obediencia,
 Que los rostros angélicos nublaba.

Divina inspiracion para consuelo
 De su pesar la envió piadoso el cielo:
 Y entreviendo su espíritu el futuro
 Alto inefable y celestial destino
 En la region del porvenir oscuro,
 Ante el altar de Jehováh postrada
 Oró con faz tranquila y resignada:
 Y cual viagero que la selva umbrosa
 En noche de borrasca tenebrosa
 Para seguir aguarda su camino
 A ver la luz del astro matutino,
 Solo miró en José la protectora
 Guarda que Jehováh daba á su vida
 Contra la muchedumbre tentadora
 De riesgos, seducciones y de engaños
 Que á la muger entonces como ahora
 Cerca faláz en los primeros años.

IV.

Días despues, en hora en que la luna
Atravesando el firmamento azul,
Plateaba la tierra con sus rayos
De misteriosa y vacilante luz,

Numerosa y alegre comitiva,
Cruzando por las calle de Salem,
Se acercaba con músicas y antorchas
A la modesta casa de José.

Cedido se la habian sus parientes
Para el festin de la funcion nupcial,
Y á casa de su esposo bajo un pálido
Conducian sus deudos á Miriam.

Animado el semblante venerable
Con sonrisa de sincero placer,
La introdujo en la sala de la fiesta
Su esposo, y la sentó bajo un dosél.

Allí, conforme al uso establecido
Por viejos Patriarcas de Judá,
Puso José en el dedo de la Virgen
El anillo nupcial,

Diciéndola—"he aquí que eres mi esposa"
Y cubriendo á Miriam con su taled
Tomó la copa, que cercano deudo
Llenó de vino y se la dió á beber.

Gustáronla los dos: arrodilláronse
Todos y bendijeron al Señor:
Un puñado de trigo derramaron
Muestra de la abundancia que dá Dios;

Y rompiendo la copa un niño, puso
A la solemne ceremonia fin,
Pasando los alegres convidados
A la inmediata sala del festin.

Y aquella noche ante su casto lecho
 El sencillo José dijo á Miriam:
 " Tu serás para mí como mi madre: (4)
 " Yo te respetaré como al altar.
 " Yo hice los mismos votos que tu has hecho,
 " Y ambos los cumpliremos á la par:
 " Así llenamós las terrenas leyes
 " Sin infringir la ley de Jehováh."

Y así su voluntad inescrutable
 Llevó á su fin el Dios omnipotente
 Por oculto camino, impenetrable
 A la razon de la mundana gente.
 Así llegó á cumplirse el inefable
 Misterio incomprensible y sorprendente
 De que una Virgen Madre concibiera
 Al que formó la creacion entera.

V.

¡Oh cuánto al corazon es alhagüeño,
 Tras larga ausencia y desde gran distancia,
 Volver á ver el sitio en que risueño
 Y en la dichosa paz de la ignorancia
 Su tiempo vió nuestra feliz infancia!

¿A quién, aunque en alcázares morara
 Y en merecida esplendidez viviera,
 No le fué siempre la memoria cara
 Del oscuro rincon en que naciera,
 Y dó el albor de su niñez pasára?

Aquel á quien la suerte caprichosa
 A la corte llevó desde la aldea,
 Desde la medianía á la ostentosa
 Opulencia, en su alcázar se recrea
 Recordando su aldea silenciosa.